

PABLO SANTIAGO CHIQUERO

**CERVANTES PARA CABRAS,  
MARX PARA OVEJAS**



Macleín *y* Parker

**Primera edición**

Abril de 2018

**Del texto**

© Pablo Santiago Chiquero, 2018

**De la portada**

© Ángela Arias, 2018

**De esta edición**

© Macleín y Parker, 2018

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

**Edición y corrección**

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

**Diseño de la colección y maquetación**

Antonio Abad (Macleín y Parker)

**Impresión**

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.2 de 90 g/m<sup>2</sup>

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m<sup>2</sup>

ISBN: 978-84-948261-3-9

Depósito Legal: SE-489-2018

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

*Para mi hijo Miguel,  
a quien esperé escribiendo este libro.  
Y a Nina, nuestra pasión en común*

Sábete, Sancho, que no es un hombre más que otro,  
si no hace más que otro.

DON QUIJOTE

Yo apostaré que ha mezclado el hideperro  
berzas con capachos.

SANCHO PANZA

## CAPÍTULO I



*Que trata de la depresión que sufrió un cabrero de nombre Mateo, y de los buenos remedios con los que su novia trató de sanarlo*

Es fácil acordarse del lugar, pues este nunca pasó por alto para los numerosos escritores, periodistas, arrieros de afición juglar o cronistas locales que alguna vez pusieron por escrito o glosaron esta verídica y memorable historia. Sucedió en Abra, un pequeño pueblo (mil quinientas almas tendría entonces, hoy muchas menos) cuyas casas, blancas y pobres, se extendían en una encrucijada poco transitada entre las provincias de Córdoba y Granada. Allí, hace mucho tiempo, en los años treinta del pasado siglo, había un pastor de los de ovejas merinas, cabras moteadas, redil antiguo y perros ladrones. El pastor no tenía hacienda, así que nada la consumía, ni sus zapatos rotos, ni su camisa más roída que sucia, ni los mendrugos de pan que solía llevar en su zurrón para entretener el tiempo; tampoco la camisa y los pantalones nuevos, heredados de su difunto padre, que de añadidura se ponía los domingos. Frisaba

nuestro cabrero los veinticinco años, y su rostro lozano, buen talle y agilidad no lo desmentían. Su nombre era Mateo, Mateo González Oliván, y sobre esto nunca se ha conjeturado, porque los hechos que él protagonizó no hace tanto que sucedieron y son muchos los ancianos de Abra que lo conocieron o, al menos, oyeron hablar de él.

Es pues, de saber, que este sobredicho cabrero, que no tenía una vida más miserable o triste que la del resto de sus vecinos, y que conocía bien a fuerza de practicarlas las virtudes del vino y la farra, un día sintió una desagradable comezón en el pecho. Al principio lo achacó a los fríos o al resfriado que arrastraba, pero los días avanzaron y su ofuscación se convirtió en una melancolía contumaz, que le hacía verlo todo gris. Pasaron algunas semanas y el nubarrón fue en aumento, hasta convertirse en una tristeza plomiza y cargante que provocó que Mateo se sintiera el hombre más desgraciado de la tierra. Su tristeza, por supuesto, no pasó desapercibida ni para su madre, que para algo Mateo era hijo único, ni para su novia, Conchita García, una guapa y alegre muchacha de una aldea cercana. Conchita estaba ya en edad casadera y esperaba que su apuesto pastor reuniera los cuartos necesarios para llevarla al altar y celebrar una boda de relumbrón, con chocolate, magdalenas y anís de Rute para los invitados.

Ni los cuidados de la primera ni las cariñosas atenciones de la segunda sirvieron para animar a nuestro pastor, que estaba llamado a convertirse en uno de los hombres más notables de la comarca. Su madre, de nombre Angélica, que todo lo achacaba al tiempo y la alimentación, le cosió una pelliza nueva, tan abrigada como pasar un enero al

raso, y puso al fuego las ollas más contundentes y mejor condimentadas que jamás se habían almorzado en aquella casa, rebosantes de verduras, garbanzos y tasajos de carne. Durante semanas, Mateo anduvo caliente y con la barriga más llena que nunca, pero, no por desagradecido, pues nuestro pastor nunca lo fue, su tristeza no cejó. Al contrario, aumentó hasta robarle la color del rostro, el brillo de los ojos y la sonrisa y las palabras de la boca. No solo su humor se enturbió, también su rebaño comenzó a sufrir las consecuencias de sus descuidos y omisiones. A Angélica se la llevaban los diablos cada vez que Mateo perdía un cabrito o un cordero, descuidaba el ordeño de las cabras, cancelaba por su cuenta el reparto de leche o, simplemente, optaba por no levantarse para pasarse el día en la cama, algo que ocurría con preocupante frecuencia. Y así, andando los meses, conforme se fue viendo que la tristeza de Mateo no era cosa de lunas, sino más bien algo crónico y bien arraigado, Angélica comenzó a lamentar su mala suerte de verse viuda (su marido había muerto quince años antes) y sin más hijo que un holgazán que excusaba tristeza para no realizar las labores que a un pastor le están encomendadas desde el principio de los tiempos.

—¡Otro gallo cantaría en esta casa si tu padre viviera!  
—Angélica dirigía el torrente de sus lamentaciones escalera arriba, hacia el camaranchón donde Mateo estaba tumbado—. ¡Él te hubiera quitado la congoja a palos, no hubiese permitido que nos arruinaras la vida de esta manera! ¡A tu edad, en la flor de la vida, pasarte el día encerrado en ese cuartucho! ¡Te debería dar vergüenza!

Pero ¿qué puedo hacer yo, una pobre viuda? Te debería sacar a pescozones, ¡eso es lo que debería hacer!, pero Dios no me ha dado suficientes fuerzas para ello...

Sus quejas no hacían el mínimo efecto en nuestro deprimido pastor, y Angélica se quedaba en la cocina, suspirando y evocando los tiempos en los que su marido todavía vivía y Mateo era un niño risueño y espabilado, el más listo que se había conocido en la comarca.

Desde muy temprano, el difunto marido había puesto gran empeño en la educación del muchacho. Sin leer o escribir, opinaba el finado, uno está condenado a pasar hambre; solo los ricos, añadía, pueden permitirse el lujo de la ignorancia. Tanto empeño puso Antonio González, que así se llamaba el buen marido, en que su hijo dominara la lectura, la escritura y las cuatro reglas de la aritmética, que el muchacho, con apenas nueve años, adquirió una portentosa capacidad para el cálculo, tan prodigiosa que se convirtió en la admiración de todos sus vecinos. Antonio sacaba una silla a la puerta, subía al muchacho en ella y dejaba que los vecinos preguntasen.

—Si tengo dos mil quinientos sesenta y siete cestos de mimbre —el que hablaba era un anciano sin dientes, de nombre Emiliano, cestero de mente y oficio—, y le sumo otros tres mil cuatrocientos ochenta cestos de mimbre, ¿cuántos cestos de mimbre tengo?

La pregunta tenía muy mala idea, pero antes de que aquella desmesurada cantidad de cestos de mimbre, tan grande que sobrepasaba incluso el entendimiento del cestero más avezado, hubiese llegado a los oídos de todos los presentes, Mateo ya tenía la respuesta en los labios:

—Seis mil cuarenta y siete. —El muchacho respondía siempre muy secamente.

—¿Cestos de mimbre? —Emiliano quería asegurarse.

—Pero, hombre, ¿qué quiere usted que sean, cabezas de ganado? —terciaba el padre de Mateo—. Pues claro que son cestos de mimbre. No me vuelva usted loco al muchacho.

Otra vecina, que había sido tendera y sabía ajustar cuentas con fiabilidad tenderil, hacía el cálculo con papel y lápiz y no tardaba en anunciar que el pequeño Mateo tenía razón: lo que Emiliano, el cesterero, había imaginado no eran sino seis mil cuarenta y siete cestos de mimbre.

—Y si todas esas cestas de buen tamaño se venden por dos pesetas la pieza —volvía a la carga Emiliano, ebrio de tanto cesto y tantas pesetas—, ¿cuántas pesetas serían?

—Doce mil noventa y cuatro. —Mateo también sabía aplicar las tablas de multiplicar con acrobática exactitud; para entonces, la vecina tendera se había declarado incapaz de calcular aquella monstruosidad, y a los presentes no les quedaba sino creer la cuenta del muchacho, que le había entregado a Emiliano tantos cestos y tantas pesetas como nunca había sido capaz de fabricar y ganar en su vida.

Con seguridad, aquella capacidad del muchacho para los números, y la curiosidad y concentración con la que leyó los pocos libros que cayeron en sus manos, no hubieran sido en balde si su padre hubiese tenido una larga vida. Él, hombre afable y bien relacionado en el pueblo, lo hubiese dispuesto todo para que los curas le dieran una carrera en el seminario, o hubiese intercedido ante

José Escobar, terrateniente del lugar afincado en Córdoba, para que el muchacho fuese becado en las universidades de Córdoba o Granada. Con aquella mente portentosa para los números y aquella cabeza que todo era capaz de memorizarlo y devolverlo sin digerir como un papagayo, en cuatro tardes de estudio se podría haber hecho de él un buen maestro, y en cuatro o cinco años un médico, un catedrático de economía o un abogado. Aquel deseo tal vez se hubiese cumplido sin la muerte de Antonio González, a quien una tarde de tormenta le cayó un rayo mientras bajaba con un rebaño de cabras de la Sierra Ahílllos, allá por los confines de la comarca. Aquel rayo truncó todas las posibilidades de Mateo de estudiar y prosperar en la vida. Si él se hubiese dedicado como estudiante a los números y las letras, ¿quién hubiese ayudado a su desgraciada madre con el sostén del hogar? ¿Quién hubiese apacentado a diario el rebaño, ordeñado las cabras y vendido la leche como su padre había hecho toda su vida desde que tenía diez años? ¿Y quién hubiese llevado los nuevos corderos al mercado de los miércoles y los sábados, de donde con un poco de suerte se volvía con un par de billetes en el bolsillo y la comida de dos semanas? Angélica no podía con tanto trabajo, y no estaba bien que una mujer quedara sola, sin la protección de un marido o un hijo. Las aptitudes matemáticas del pequeño Mateo, de esa forma, se fueron olvidando. Con apenas diez años abandonó la escuela y se acostumbró a la vida sencilla y saludable —cuando no hacía demasiado frío o caían atinados rayos— del pastor de cabras y ovejas. Y en aquel digno oficio le hubiese sorprendido la vejez si no fuese por la depresión que, en aquel

marzo de 1930, le hizo olvidar su rebaño y encerrarse a mirar las musarañas en el camaranchón donde dormía.

También su novia Conchita hizo todo lo posible por sacarlo del pasmo en el que había caído. Primero lo hizo con ardidés similares a los de su madre. Apeló a su buen juicio y a la razón vital que convierte a las personas de bien en trabajadores infatigables, aunque no necesariamente ricos ni felices.

—Vamos, Mateo, tienes que salir de esta habitación —lo animaba la muchacha—. Tu tristeza ya ha llegado a los oídos de mi padre, y si se entera de que te pasas los días aquí encerrado, que te has convertido en un pájaro sin alas —con metáforas como esa nombraba Conchita la depresión de Mateo—, jamás permitirá que me case contigo, y ya nunca podremos vivir juntos y tener los hijos que habíamos planeado. ¿No te acuerdas, Mateo? Tú y yo queríamos tener tres hijos...

—¿Hijos? ¿Para qué? —respondía él con un hilo de voz—. ¿Para que sean cabreros? ¿Para que les caiga un rayo como a mi padre en la Sierra Ahíllos?

—Les advertiremos que no vayan a pastar a las faldas del Ahíllos. —Conchita era una muchacha repleta de sentido práctico.

—Cariño, los rayos pueden caer en cualquier parte...

—Pues entonces piensa en los viajes que pensábamos hacer juntos. —Conchita trataba de desviar la conversación del delicado tema de los rayos que matan pastores—. Tú y yo queríamos ir a Sevilla, y a Madrid, y a ver el mar. ¿No recuerdas que queríamos ver el mar durante nuestra luna de miel?